



APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO 2023-2024

Boletín
Real
Academia
de
Córdoba

HITOS CULTURALES EN LA CÓRDOBA DE ANTONIO CRUZ CONDE

Juan Miguel Moreno Calderón

Académico Numerario

Discurso de apertura del curso 2023-2024 pronunciado en la sesión del día 5 de octubre de 2023

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Córdoba.
Cruz Conde.
Cultura.
Progreso.

Antonio Cruz Conde es uno de los gobernantes más sobresalientes que ha tenido Córdoba en su historia contemporánea. Sus más de diez años al frente del Ayuntamiento de la ciudad constituyen un periodo de importantes transformaciones y de modernización de una capital de provincias que luchaba por salir de la miseria y las carencias de la posguerra. Junto a importantes iniciativas en los ámbitos del urbanismo, las infraestructuras, los servicios básicos o el turismo, la cultura ocupó un lugar destacado en la Córdoba de aquella época.

ABSTRACT

KEYWORDS

Cordoba.
Cruz Conde.
Culture.
Progress.

Antonio Cruz Conde is one of the most outstanding governors Cordoba has had in its contemporary history. His more than ten years at the head of the city council were a period of important transformations and modernisation of a provincial capital that was struggling to emerge from the misery and shortages of the post-war period. Along with important initiatives in the fields of town planning, infrastructures, basic services and tourism, culture occupied a prominent place in the Cordoba of the time.

Con la perspectiva que ofrece el tiempo transcurrido, parece un hecho incuestionable que Antonio Cruz Conde es uno de los mejores gobernantes que ha tenido Córdoba. Perteneciente a una familia de recio linaje político, llegó a la alcaldía del Ayuntamiento en noviembre de 1951, permaneciendo en ella hasta septiembre de 1962, en que pasó a ocupar la presidencia de la Diputación Provincial. Los más de diez años que tuvo el bastón de mando de la ciudad constituyen para esta un periodo de transformación y desarrollo

inusitados. Y es que Cruz Conde no accedió a la alcaldía para administrar la ciudad, sino para transformarla. Esa fue su noble ambición y a la vez su mayor logro.

Con él al frente del Ayuntamiento, aquella Córdoba macilenta y hundida en la miseria de la posguerra comenzó a transformarse en una ciudad decidida a mirar al futuro. Así, se acometieron iniciativas fundamentales para su modernización, como la solución del abastecimiento del agua, o la mejora de infraestructuras y servicios tan necesarios como el alumbrado, la limpieza y la pavimentación de las calles. También se aborda la redacción del primer Plan General de Ordenación Urbana, con vistas a planificar una ciudad que estaba teniendo un crecimiento caótico; se apoya la construcción del aeropuerto; se expande la ciudad con la apertura de nuevas vías, como la Avenida de Vallellano y la del Corregidor, así como el Puente de San Rafael; se presta singular atención al patrimonio histórico y al casco antiguo, y se impulsa el turismo. Así mismo, se recuperan y restauran el Alcázar de los Reyes Cristianos, la Calahorra y la plaza de la Corredera, se destina a usos culturales el antiguo Palacio de los Páez de Castillejo, que pronto albergará el Museo Arqueológico, y en la antigua Casa de las Bulas se ubica el Museo Taurino. Todo esto, entre otras muchas realizaciones. En definitiva, una gestión admirable de una ciudad que apenas superaba los 160.000 habitantes al principio del mandato¹.

Pero lo que nos trae hoy aquí no es principalmente el recuerdo de este benemérito alcalde y el de los muchos éxitos que jalonaron su gestión municipal (esa «década prodigiosa», como la bautizó atinadamente el periodista y escritor Francisco Solano Márquez²), sino el evocar la vida cultural de entonces, la cual se vio favorecida por los aires de renovación que se respiraban en la ciudad e, incluso en muchos casos, por las iniciativas que contaron con el respaldo expreso y personal del regidor. Puede afirmarse, pues, que al calor del proceso de transformación de la ciudad que se vive en tiempos de Cruz Conde, la vida cultural se va a sentir claramente beneficiada. De esto, y no de otra cosa, es de lo que trata la presente disertación. En verdad, sólo unas cuantas pinceladas, y no un análisis exhausti-

¹ Para un amplio conocimiento del tema, véase PRIMO JURADO, Juan José: *Antonio Cruz Conde y Córdoba. Memoria de una gestión pública (1951-1967)*. Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, 2005. Y también MÁRQUEZ CRUZ, Francisco Solano: *La Córdoba de Antonio Cruz Conde*. Córdoba, Almuzara, 2007.

² En su libro *Memorias de Córdoba* se refiere así a la época de Cruz Conde en el Ayuntamiento. Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1985, pp. 63-90.

vo, que excedería ampliamente el tiempo concedido para esta intervención.

¿Cuál era el panorama cultural cordobés a principios de la década? Más allá del trabajo individual y de los logros que pudieran alcanzar determinados artistas e intelectuales, si lanzamos nuestra mirada a aquellos primeros compases de los cincuenta, apreciamos que la cultura no ocupaba un espacio central en la vida y la sociedad cordobesas. Lo cual, obviamente, era un reflejo de la realidad nacional, que no obstante comienza a cambiar tímidamente en los años cincuenta. En este sentido, debe tenerse en cuenta que es entonces cuando el régimen franquista empieza a consolidarse, una vez superados los terribles años de la posguerra: las Naciones Unidas levantan el bloqueo a España, se firma un nuevo concordato con el Vaticano y se producen importantes pactos militares con Estados Unidos. Es decir, de algún modo se empieza a abrir el país y a superarse el aislamiento internacional.

Como en el resto de España, en Córdoba había iniciativas de carácter cultural, naturalmente; pero éstas tenían por lo general un perfil dirigido más bien a sectores ilustrados, que no a la sociedad en su conjunto. He ahí el trabajo de esta Real Academia, las actividades de centros educativos como el Instituto Provincial, el Conservatorio o la Escuela de Artes y Oficios, la vida del Museo Provincial de Bellas Artes, las iniciativas culturales promovidas por el Círculo de la Amistad, exposiciones en la Sala Municipal de Arte, conferencias de destacados miembros de la intelectualidad cordobesa e incluso de figuras de dimensión nacional, como Menéndez Pidal, Dámaso Alonso o Gerardo Diego...

Pero, vayamos por partes. De entrada, una de las cosas que más destacaba en la agenda cultural de la ciudad desde principios de la década era la creciente oferta de cine, con más de una decena de salas comerciales y todavía más al aire libre, para la época estival. Entre las primeras, cabe recordar las del Palacio del Cine, el Alkázar, el Cine Góngora, el Magdalena o el Cinema Cabrera. Y de los cines de verano, las terrazas de algunos de los mencionados, más otros como el Coliseo San Andrés, el Fuenseca, el Delicias o la Plaza de Toros, entre muchos más. Es decir, una oferta muy completa, a la que se sumaría el propio Gran Teatro, máxime desde que en 1951 pasó a manos de la empresa Sánchez Ramade, titular ya de varias

salas en Córdoba. Lo cual, por cierto, menoscabaría el protagonismo de las artes escénicas y musicales en su programación³.

En efecto, el magnífico coliseo de la calle de la Alegría (que ahora cumple 150 años, y que tenía una historia cargada de acontecimientos en los más variados géneros) centra su actividad de manera clara en el séptimo arte, con notable protagonismo de las grandes producciones de Hollywood y de películas españolas del momento⁴. El cine realista italiano o la filmografía francesa quedaban para círculos mucho más reducidos, reunidos en los cine-clubs. Verdaderamente, existía mucha afición al cine y, por ello, podía entenderse que el Gran Teatro se sumara a esa corriente tan favorable desde el punto de vista comercial; aunque fuera a costa, como se ha dicho, de ver mermada la programación de otras manifestaciones culturales, como el teatro o la música.

Tan sólo en la feria de la Salud y en la de Otoño, además de en contadas ocasiones a lo largo del año, reverdecían los viejos fulgores escénicos de otras épocas, con preeminencia de los clásicos y de autores del momento, como Pemán, Joaquín Calvo Sotelo o Buero Vallejo. Y así, nos encontramos con nombres señeros del arte de Talía, como María Fernanda Ladrón de Guevara, María del Carmen y Luis Prendes, Ricardo Acero, Manuel Dicenta, Guadalupe Muñoz Sampedro, María Fernanda D'Ocón, Amparo Rivelles, Ismael Merlo, Mary Carrillo o un jovencísimo Carlos Larrañaga. Por fortuna, no sólo el Gran Teatro programaba teatro en aquella época, con las limitaciones antedichas; también de manera ocasional se sumaban dos espacios dedicados preferentemente al cine, como eran el Cine Góngora y el Palacio del Cine.

No era mucho, pero al menos se podía satisfacer en parte el apetito teatral de los aficionados, el cual se vería alentado, además, por las iniciativas surgidas en el ámbito académico, impulsadas por Miguel Salcedo Hierro,

³ De nuevo acudimos a Francisco Solano Márquez y, en concreto, a su obra *Córdoba de la bicicleta a la Vespa* (Córdoba, El Páramo, 2012), magnífico libro en el que traza un retrato muy completo de la vida cotidiana cordobesa en los años cincuenta. No en balde, el periodista y escritor montillano es el mayor conocedor de esta época de la historia de Córdoba.

⁴ Gracias al archivo personal de Emilio Asencio Castillo y de los cuadrantes en los que reflejaba la programación de las salas regentadas por la empresa Sánchez Ramade, de las que era encargado, podemos conocer con cierto detalle el acontecer del Gran Teatro desde 1951 hasta su cierre a finales de los setenta, antes de someterse a una profunda rehabilitación y pasar a gestión municipal. Dicho archivo se halla repartido entre el Archivo Provincial y el Archivo Municipal de Córdoba.

titular de la primera cátedra de Declamación que se crea en Córdoba en un centro oficial (y segunda de España, tras la de Madrid). En concreto, en el Conservatorio Profesional de Música y Arte Dramático, sito ya en su actual sede⁵, en 1947. A través de dicha sección teatral, aquellos actores en ciernes, dirigidos por el luego cronista de la ciudad y apoyados puntualmente con el concurso de actores profesionales, representaron numerosas obras en los más variados recintos, incluyendo el Salón Liceo o el propio Gran Teatro. De ahí que pueda decirse que la creación y buen hacer de esa cátedra de Declamación en el Conservatorio constituya uno de los grandes logros de entonces, en lo que puede considerarse esa comunión necesaria del medio educativo y la orientación cultural.

O estimable fue también el hecho de que la Obra Sindical de Educación y Descanso, muy activa, diera cobijo a variadas propuestas emergentes en su local de la calle Ambrosio de Morales (antigua sede del Centro Filarmónico); entre ellas, las del propio cuadro teatral que se crea allí, así como diversas actividades relacionadas con la danza, con Maruja Cazalla al frente⁶.

Además del teatro, la zarzuela era otra de las manifestaciones culturales que gozaba de mayor favor entre el público cordobés. Son recordadas las compañías en gira que pasaban por la ciudad, a las que luego nos referiremos, y no podemos olvidar tampoco las funciones que protagonizaron cantantes cordobeses, a través de agrupaciones vocales creadas en los últimos años cuarenta y que tuvieron actividad hasta mediados de la década siguiente. En el recuerdo están numerosos títulos de nuestro género lírico llevados a las tablas del Gran Teatro y el Cine Góngora por la Agrupación Lírica *San Alberto Magno*. Dicha agrupación estaba integrada en la Asociación Benéfica *La Sagrada Familia*, entidad creada por el obispo Fray Albino para promover la construcción de viviendas de renta reducida que dieran solución a las muchas familias afectadas por las riadas de 1947; lo cual daría lugar a las barriadas de Cañero y el Campo de la Verdad. Bajo la dirección musical de Dámaso Torres y la escénica de José Priego, los cordobeses asistieron a un buen número de representaciones de los títulos más populares del repertorio de zarzuela⁷.

⁵ Lo que entonces fue una sección del Conservatorio, se convertiría en un centro propio y autónomo en 1980, pasando a denominarse Escuela Superior de Arte Dramático.

⁶ Maruja Cazalla sería poco después la iniciadora de los estudios de Danza en el Conservatorio.

⁷ Tanto para este tema de la lírica como para todo lo concerniente a la música en Córdoba en la época que evocamos, véase MORENO CALDERÓN, Juan Miguel: *Música y*

Como también gracias a otra iniciativa, de análogo perfil, bautizada con el nombre de Agrupación de Cantantes Pro Arte Lírico e impulsada por el catedrático de Canto del Conservatorio Rafael Serrano Palma. En este caso, no sólo se auspiciaba programación local con carácter benéfico, como en el caso de la anterior, sino que también se servía a compañías de fuera que venían con su propia programación de zarzuela o de ópera y que necesitaban de un coro para tales producciones.

En verdad, había mucha afición a la zarzuela, y representar los principales títulos del repertorio, desde Barbieri o Chueca hasta la última generación de eximios zarzuelistas, representada por Moreno Torroba, Jacinto Guerrero o Pablo Sorozábal, era una garantía de éxito. Así, las visitas a la ciudad del gran Marcos Redondo, que prefería el *Duque de Rivas* para las actuaciones de su compañía, eran siempre un acontecimiento esperado; especialmente, aquellas de diciembre de 1955, dentro de la gira por España en la que el ilustre pozoalbense se retiraba de los escenarios, tras una carrera triunfal. Y de éxito asegurado eran igualmente aquellas temporadas líricas que, en torno a las ferias de mayo y otoño, protagonizaban compañías como la de Esteban Astarloa, los *Ases líricos* o la del maestro Sorozábal, más otras que se irían incorporando con el tiempo. En ellas estaban integradas algunas de las principales voces del panorama nacional, como el propio Astarloa, Faustino Arregui, Manuel Ausensi, María Francisca Caballer, Clara Alcalá, Lina Huarte, Esteban Leoz o el espejeño José María Aguilar, entre otros muchos.

Bastante más ocasional era la presencia de la ópera, a pesar de lo cual se asistió a memorables representaciones de títulos emblemáticos de Verdi, Puccini, Leoncavallo o Mascagni. En algunos casos, con la participación de la mencionada Agrupación Pro Arte Lírico. Precisamente, en una de ellas debutaría el barítono cordobés Carlos Hacar Montero, luego figura destacada en la vida musical cordobesa. Sin duda, un nombre a recordar de entre los discípulos del maestro Serrano Palma, como también los de Carmen Blanco, María del Valle Calderón, Angelita García Uceda, Francisco Jurado, Rafi Sánchez o Castor Raigón, entre otros muchos cantantes que animaron la vida musical de entonces.

Junto a los teatros y al Cine Góngora (utilizado también para funciones escénicas en ocasiones), los cafés eran otros puntos de encuentro muy po-

músicos en la Córdoba contemporánea. Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1999.

pulares. En los más costeados podía combinarse el esparcimiento y ocio con algunas expresiones de carácter cultural, particularmente la música. Algunos, como *Bolero* o *La Perla*, disponían de su propia orquestina, dispuesta siempre para actuar y acompañar a figuras de entonces. De especial recuerdo son las veladas de *Bolero* con Antonio Machín y la Orquesta Orozco.

Por cierto, dichas orquestinas, y otras más, ampliadas lógicamente, eran las mismas que servían a los teatros para atender las funciones de variedades protagonizadas por las figuras de la copla y el flamenco que pasaban por Córdoba; nómina en la que encontramos a Concha Piquer, Lola Flores, Juanita Reina, Manolo Caracol, Juanito Valderrama, Pepe Pinto, Pepe Marchena, Antonio Molina, Estrellita Castro o Imperio Argentina, entre otros muchos nombres de postín que forman parte de la historia del Gran Teatro y del *Duque de Rivas* (teatro este, como el primero, sito en la Avenida del Gran Capitán, en donde antes estuvo el Teatro Circo).

En verdad, la copla y el flamenco disfrutaban de muchos adeptos y las funciones que se programaban tenían garantizado el éxito. Como las de revistas, género también muy en boga en los años cincuenta. De ahí que tuvieran apreciable cabida en las programaciones de nuestros teatros. Nombres inolvidables son los de Celia Gámez, Queta Claver, Mary Sempere, Alfonso del Real, Ángel de Andrés, Tony Leblanc, Juanito Navarro, o el trío de cómicos formado por Zori, Santos y Codeso.

Y siguiendo con la música, la más popular y de aliento local la encontramos en las inolvidables canciones de Ramón Medina, como *Serenata a la Mezquita*, *Noches de mi Ribera*, *Callejita de las flores*, *Nochebuena cordobesa* y tantas otras que conocían y cantaban los cordobeses. Sin duda, Ramón Medina fue el gran cantor de Córdoba y sus gentes («el bardo de la cordobesía», como lo calificó Rafael Castejón, director de la Academia⁸), logrando que su música conectara con el sentir de los cordobeses, quienes a su vez le profesaban enorme afecto y gratitud. Como se reflejó en aquel homenaje que la ciudad le brindó en mayo de 1955, con un formidable concierto en el Gran Teatro compuesto con canciones suyas escenificadas y un banquete multitudinario en el Coso de los Tejares, al que asistieron más de quinientos comensales.

⁸ «In memoriam. El bardo de la cordobesía» es el título del artículo necrológico que le dedicó Rafael Castejón y Martínez de Arizala, publicado en el *Boletín de la Real Academia* (Córdoba), 86 (1964), pp. 268-270.

Pero, ¿y la música clásica o de concierto? Ausente prácticamente en la programación de los teatros, tendría como principal escenario el Salón Liceo del Círculo de la Amistad, y una clara protagonista: la Sociedad de Conciertos. Se constituyó en 1954, impulsada por un grupo de melómanos deseosos de contar en la ciudad con conciertos de música clásica de calidad. Porque cierto es que en aquella época la Banda Municipal vivía un tiempo de esplendor y celebraba muchos de sus conciertos en el mencionado Salón Liceo, incluyendo en sus programas obras del repertorio sinfónico transcritas para banda por el propio Dámaso Torres, su magnífico director. Y cierto es también que la Comisión Municipal de Cultura y Arte organizaba veladas musicales con nombres destacados del panorama español (entre ellos, los de José Cubiles, Leopoldo Querol y José Iturbi); e incluso hizo posible acontecimientos inolvidables, como aquel concierto, celebrado en el Gran Teatro el 30 de mayo de 1954, a cargo de la Orquesta Nacional de España bajo la dirección del legendario Ataúlfo Argenta.

Pero, no nos engañemos. Toda esa actividad, más la que se generaba cada año en torno al Festival de los Patios Cordobeses, creado por Cru Conde en 1956, no tenía la regularidad que podían desear los melómanos de la ciudad. De ahí que, como en otras ciudades españolas, se constituyese aquella Sociedad de Conciertos, cuya formidable labor proporcionaría temporadas musicales de un altísimo nivel, al contar con muchos de los intérpretes más reputados de la escena internacional. Sin duda, sería bueno que hoy se recordase todo aquello, para apreciar que, casi sin ayudas públicas, y sólo con las cuotas de los socios, pudieron organizarse aquellas formidables temporadas de conciertos, para dignificación y difusión de la música.

Entre sus principales impulsores, encontramos a Joaquín Reyes Cabrera, director a la sazón del Conservatorio, además de acreditado pianista y compositor. Junto a él, sería fundamental la labor de Francisco de Sales Melguizo, melómano a quien se debía la formación de la Capilla Musical de la Hermandad de la Misericordia y que, ya en los albores de los sesenta, impulsaría la refundación del Real Centro Filarmónico (entidad otrora muy popular, pero diluida en la Obra Sindical de Educación y Descanso desde los años cuarenta).

Secundados por varios centenares de socios y teniendo como sede para los conciertos el Salón Liceo, los dirigentes de la sociedad lograrían montar unas temporadas verdaderamente deslumbrantes. La nómina de artistas

internacionales que pasan por Córdoba en aquellos años incluye a Andrés Segovia, Wilhelm Kempff, Nikita Magaloff, Julius Katchen, Nicanor Zabaleta, Alexis Weissenberg, Salvatore Accardo, Alicia de Larrocha o un adolescente Daniel Barenboim. Eso entre los solistas. También grupos de cámara de Berlín, París, Salzburgo, Colonia, Basilea... Y orquestas de muchos países europeos, siendo de especial mención la Sinfónica de Bamberg dirigida nada menos que por Rudolf Kempe. En fin, un exigente extracto de nombres que lo dicen todo...⁹

Dejando a un lado las artes escénicas y la música, otro hermoso capítulo de la Córdoba cultural de los años cincuenta lo encontramos en el ambiente literario; singularmente, en la poesía. Cercano en el tiempo estaba el surgimiento de la revista *Cántico*, que luego daría nombre al grupo de poetas que la impulsaron. Corría el año 1947 cuando varios poetas cordobeses se presentaron al Premio Adonais, aunque sin conseguirlo, ya que el galardón fue para José Hierro. Pero aquella decepción sería el aldabonazo para crear una revista poética, algo muy frecuente en la España de entonces. Con el espíritu de reivindicar la poesía por su valor en sí misma, y no como medio para otros fines (como la poesía social o el existencialismo religioso), y sin pretender ser un eco de las oficialistas *España* y *Garcilaso*, nace la revista cordobesa, la cual será saludada de inmediato por prohombres de las letras españolas, como Vicente Aleixandre y Gerardo Diego. En sus páginas, que destilan intimismo, culturalismo, vitalismo a raudales y notable refinamiento, tendrán cabida no sólo creaciones de los poetas del grupo, sino de muchas voces destacadas del panorama poético nacional (en especial, de la *Generación del 27*, con quienes mantenían una relación muy fluida), así como traducciones de otros autores de allende nuestras fronteras, como André Gide, Paul Claudel, Thomas S. Eliot o Pier Paolo Pasolini¹⁰.

⁹ Gracias a los descendientes de Francisco de Sales Melguizo Fernández, en el archivo del Real Círculo de la Amistad se encuentra la programación detallada, con programas de mano y críticas, de todos los conciertos que esta sociedad filarmónica celebró entre 1954 y 1970. Al obtener un nuevo destino profesional fuera de Córdoba, Francisco Melguizo dejó de estar al frente de la sociedad y, por tanto, de su día a día. La Sociedad de Conciertos de Córdoba continuó con sus actividades hasta 1987, en que decidió disolverse.

¹⁰ Sobre *Cántico* y los poetas que integraron el grupo se ha generado una abundante bibliografía, pero de lectura obligada para una primera aproximación es CARNERO, Guillermo: *El grupo Cántico de Córdoba. Un episodio clave de la historia de la poesía española de posguerra*. Madrid, Editora Nacional, 1976.

Es decir, en un ambiente recogido, de paseos, tertulias (habría que remontarse a la del profesor de música Carlos López de Rozas y su famosa gramola), amor a la naturaleza y anhelos compartidos, en una suerte de exilio interior, aquel grupo formado por Ricardo Molina, Pablo García Baena, Juan Bernier, Julio Aumente y Mario López, más los ilustradores Miguel del Moral y Ginés Liébana, dará vida a una publicación que logra amplia repercusión en el mundo literario.

Pues bien, con el eco de aquellos ocho números aparecidos entre 1947 y 1949, y la presencia viva aquí de algunos de sus protagonistas, llegará en los años cincuenta la segunda época de la revista, entre 1954 y 1957. Señalada por los críticos como una época de carácter deliberadamente más ecléctico y abierto ahora a todas las corrientes poéticas de entonces, propiciando un carácter misceláneo, aquel renovado empeño mantendrá viva la llama de *Cántico*, calor al que se acercarán otros nombres distinguidos de nuestras letras, como Vicente Núñez y José de Miguel. Por cierto, al hilo de esta segunda época de la revista, hay que recordar que si hubo un número especialmente celebrado fue el dedicado a Luis Cernuda, grandísimo poeta en el exilio e ignorado por la España oficial de entonces.

Hablamos de recuerdos, con nuestra mirada de hoy. Pero, en realidad, aquella revista era para una minoría; prácticamente, para los poetas. En verdad, Córdoba no la conocería hasta mucho más tarde, siendo hoy una referencia constante al hablar de nuestras letras. Lo mismo que las principales obras que salieron de la pluma de sus componentes, como *Antiguo muchacho* de García Baena, *Elegías de Sandua* de Ricardo Molina, *Aquí en la tierra* de Juan Bernier, *El aire que no vuelve* de Julio Aumente o *Garganta y corazón del sur* de Mario López; todas de esa época.

Pero, además de *Cántico*, en la Córdoba que hoy evocamos hubo otras publicaciones estimables, si bien no tuvieron el impacto ni el reconocimiento de aquella. A este respecto, hay que tener en cuenta que desde la posguerra fueron muchas las publicaciones que engalanaron el panorama poético español. Realmente, resulta emocionante que en un tiempo de tantas penurias y limitación de libertades, o quizás por ello, hubiera esa pulsión por la poesía. En Córdoba encontramos varias publicaciones de obligada reseña. En orden cronológico, la primera fue *Aglae*, fundada por Manuel Álvarez Ortega; luego vino *Alfoz*, impulsada por Mariano Roldán, y *Arkángel*, auspiciada por Luis Jiménez Martos. Por fin, complementaríamos esa pincelada del ambiente literario con el recuerdo de Leopoldo de Luis, Concha Lagos y Antonio Gala, quienes se establecerían en Ma-

drid y forjarían trayectorias muy destacadas. Especialmente, este último, cuya memoria se perpetúa, además de por su obra literaria, gracias a la fundación que él impulsó en Córdoba y que hoy goza de extraordinaria vitalidad y amplio reconocimiento nacional.

En cuanto a las artes plásticas, muchos son los nombres que vienen a la memoria en este recuerdo de los años cincuenta; sobre todo, los de quienes cimentaron entonces una brillante carrera, que se extendería a lo largo de las siguientes décadas. Bien es verdad que muchos vivían fuera, como es el caso de Ginés Liébana, Antonio Povedano, Pedro Bueno, Ángel López-Obrero o Rafael Botí. Y es que para artistas de ese potencial, Córdoba podía ser una referencia sentimental y un lugar al que siempre volver, pero no la plataforma adecuada para crecer como creadores. Entre otras razones, porque las posibilidades para exponer y difundir aquí su arte eran escasas. De ahí, que justo sea recordar cómo en 1952 el fotógrafo José Jiménez Poyato funda la sala de exposiciones Galería Studio 52 Juan Bernier, en la que tuvieron cabida los principales artistas de la época¹¹, y cuya historia llega hasta nosotros.

Junto a esta loable iniciativa, enteramente privada, hay que consignar el papel que juega en la vida cultural la Sala Municipal de Arte, gracias a la cual se hace posible acercar a los cordobeses de entonces el trabajo de nuestros mejores pintores y escultores, así como el de quienes, siendo de fuera, escogieron Córdoba para vivir en ella, como es el caso de la pintora londinense de origen polaco Rita Rutkowski o del escultor valenciano Amadeo Ruiz Olmos. Con todo, la relación de pintores y escultores notables que pueblan el panorama artístico cordobés de entonces incluye también a Miguel del Moral, Antonio Ojeda, Francisco Aguilera Amate, Rafael Serrano, Alfonso Ariza, Lola Valera o Aurelio Teno, entre otros.

De entre las principales exposiciones celebradas en aquella época, no cabe duda de que la que mayor impacto tuvo fue la organizada por el Círculo de la Amistad con motivo de su centenario, en 1953. Dentro de un amplio programa de actos celebrado a lo largo de ese año, y en el que se incluían conferencias, conciertos, un concurso literario y otras propuestas, aquella exposición de arte contemporáneo, celebrada entre el 17 y el 30 de mayo, no fue sólo la más ambiciosa de aquellas iniciativas, sino la que tuvo verdadera proyección fuera de la ciudad. Impulsada fundamen-

¹¹ En verdad, José Jiménez Poyato fue durante toda su vida un sincero activista cultural, no sólo a través de su galería o de su propia actividad profesional y artística, sino como dinamizador de la vida cultural de la ciudad.

talmente por el responsable de cultura de la entidad, que entonces era Fernando Carbonell, la muestra reunió 139 obras, incluyendo a autores como Vázquez Díaz, Picasso o Dalí, además de una nutrida presencia de artistas de Córdoba¹². Hecho notabilísimo hasta el punto de que el Ayuntamiento y otras instituciones no dudarían en recordar este hito con motivo de su sesenta aniversario, con una magna exposición que congregó a las más señaladas figuras del arte contemporáneo en Córdoba¹³.

También en el ámbito de las artes visuales y el diseño, y luego de otros movimientos como el protagonizado por el Grupo Espacio y el Equipo Córdoba (gérmenes de lo que está por venir), en los años cincuenta asistimos a la irrupción de Equipo 57, grupo de pintores, escultores y arquitectos, el cual, pese a ser esbozado en París, tendrá una estrecha vinculación con Córdoba, por mor de la pertenencia a él de los cordobeses Juan Serrano, Juan Cuenca y José Duarte, y porque fue aquí donde realmente se constituyó en el verano de 1957 y donde surgieron muchas de sus obras. Ciertamente, su defensa de la modernidad artística y el impacto que tuvo en el arte contemporáneo español son hechos que no ofrecen hoy discusión alguna. De hecho, pese a su corta existencia como tal, pues el colectivo se disolvió en 1962, la proyección de su estética llega hasta nuestros días, siendo numerosos los reconocimientos que Equipo 57 ha tenido. Algo que debe invitarnos a reflexionar sobre la pertinencia de que nuestra ciudad dispusiera de un espacio adecuado para mostrar de manera permanente los logros más sobresalientes de este grupo, al que pertenecieron también en su configuración definitiva el extremeño Ángel Duarte y el vasco Agustín Ibarrola.

No obstante tal notoriedad en aquellos años de aperturismo a las vanguardias, no ha sido hasta la revisión de la historia del arte español llevada a cabo después de la Transición, cuando se ha situado al Equipo 57 como una referencia fundamental de su tiempo, singularizando su estética como una forma de ver el arte caracterizada por la creación colectiva y de calado social, con base en la tecnología y el diseño moderno, y siempre desde la abstracción. Junto a lo cual, debe anotarse que lo más interesante de este grupo es que supo recuperar, cuando casi nadie lo hacía en Europa, el

¹² Véase la *Memoria del centenario* publicada por la entidad en 1953 (archivo del Real Círculo de la Amistad).

¹³ El catálogo de aquella exposición, significativamente titulada *60 años de arte contemporánea en Córdoba (1953-2013)*, comisariada por Ángel Luis Pérez Villén, da buena cuenta del contenido de la misma. Véase el enjundioso texto introductorio del comisario de la muestra.

espíritu de la Bauhaus alemana y del constructivismo ruso, para poner el arte al servicio de la sociedad a través de una creación y un diseño tan avanzados como asequibles. Postura estética, en la que no cabe duda había también una forma de activismo político¹⁴.

En fin, aires de modernidad en aquella Córdoba que iba cambiando lentamente, que nos conducen a otra figura capital, en este caso de la arquitectura: Rafael de La Hoz Arderius. Él será uno de los principales representantes del estilo moderno y los nuevos lenguajes que se implantan en la arquitectura española a partir de 1950, como ocurre con Miguel Fisac o José Antonio Coderch. En efecto, su maestría en el diseño y en la gestión de su estudio le llevan a construir alguno de los verdaderos iconos de la arquitectura moderna en España, como el Edificio Castelar de Madrid o, mucho antes que este, el Colegio Mayor Aquinas, también en la capital, por el que ganaría el Premio Nacional de Arquitectura en 1956, cuando tenía sólo treinta y dos años de edad.

Por ello, cuando en 2024 se cumplan cien años de su nacimiento será buena hora para reivindicar la auténtica dimensión de este arquitecto excepcional, muchas de cuyas primeras obras importantes están datadas en Córdoba en la década de los cincuenta. Aunque si hay una que nos resulte particularmente icónica, por el carácter renovador que tiene y porque caracteriza muy bien a su autor, es la de la sede de la Cámara de Comercio, que De la Hoz proyectó junto a su colega y compañero de promoción José María García de Paredes, otra referencia obligada en la historia de la arquitectura española del siglo XX. Fue un soplo de aire fresco, una ventana a la modernidad, en la que también estuvieron involucrados el escultor vasco Jorge Oteiza (quien en su estancia en Córdoba no dudó en animar a algunos de los artistas que luego impulsarían el Equipo 57) y el pintor cordobés Miguel del Moral. Al primero corresponde el escudo de la fachada, el mostrador de la primera planta y dos esculturas en el interior; mientras al pintor, el imponente mural pirograbado sito en la sala de juntas¹⁵.

¹⁴ La obra de Equipo 57 y los posicionamientos estéticos del grupo han sido objeto de numerosos trabajos bibliográficos. Por más reciente y cercano, se recomienda la lectura de «Sin título (Co-17). Sesenta años de Equipo 57», de Ángel Luis Pérez Villén, en el catálogo que la Fundación de Artes Plásticas Rafael Botí editó con motivo de la exposición sobre Equipo 57 celebrada en su centro en 2017.

¹⁵ En la *Guía de Arquitectura de Córdoba*, publicada por el Colegio Oficial de Arquitectos de Córdoba y la Consejería de Obras Públicas de la Junta de Andalucía en 2003, puede

Cambiando de tema, queda para el final un logro particularmente feliz del alcalde Cruz Conde: la puesta en marcha del que hoy conocemos como Concurso Nacional de Arte Flamenco. Fue en 1956 cuando se celebró la primera edición del entonces llamado Concurso Nacional de Cante Jondo.

Se trataba de retomar la iniciativa llevada a cabo en Granada en 1922 bajo los auspicios de Federico García Lorca y Manuel de Falla, entre otros intelectuales y artistas. Con el espíritu de aquella cita granadina de más de treinta años antes, que luego no tendría continuidad, Córdoba decidió reivindicar su importancia en el mundo del flamenco con un concurso que rescatara al cante jondo de esa deriva aburguesada que lo estaba alejando de sus raíces primigenias. Parafraseando a Agustín Gómez, diríamos que el concurso de Córdoba habría de ir en busca del cante perdido tras la frustración de Granada.

La génesis de este empeño la encontramos en dos hechos: la amistad del alcalde Cruz Conde con Ricardo Molina (a quien el regidor admiraba por su vasta cultura y su amor a Córdoba) y la fascinación que en el poeta había despertado la lectura de *Flamencología*, ensayo de Anselmo González Climent, bonaerense de padres andaluces, que frecuentaba España atraído por el flamenco y la tauromaquia. Así, con el apoyo expreso y decidido del alcalde, el entusiasmo y la determinación del poeta, y el conocimiento del flamencólogo, se pondría en marcha un proyecto que llega hasta nuestros días y en cuya trayectoria están presentes muchos de los nombres más importantes de la historia del flamenco desde entonces a hoy, como Paco de Lucía, José Menese, Mario Maya o José Mercé, entre muchísimos más¹⁶.

Aquella primera edición tuvo un vencedor absoluto: Antonio Fernández Díaz, *Fosforito*. Sin duda, el cantaor pontanés fue el talismán que se estaba buscando, en pos de esa idea de huir de las coplas aflamencadas y sumergirse de lleno en el cante jondo de verdad. Pablo García Baena, entusiasmado, dejó constancia de ello en un precioso texto publicado en la revista malagueña *Caracola* (junio de 1956), en la que afirmaba:

rastrearse el quehacer de Rafael de la Hoz en la ciudad, con explicaciones sucintas, pero muy interesantes, de las obras que aquí proyectó.

¹⁶ Véase GÓMEZ PÉREZ, Agustín: *Los Concursos de Córdoba (1956-2006). Análisis y comentarios*. Córdoba, Ediciones de La Posada, 2006.

Si volvemos al viejo tema lorquiano de la musa, el ángel y el duende, la voz de Fosforito pelea broncamente —como Jacob— con el ángel del frío, esquivando en gracia el legado armonioso de la musa y se entrega tronchada, balbuciente, enfebrecida, al deseo negro del duende.

El tiempo daría la razón al jurado, y justificaría con creces el entusiasmo del poeta, pues aquel joven de veintitrés años iniciaría una carrera deslumbrante, siendo merecedor de innumerables reconocimientos desde entonces a hoy. Un artista excelso, al que Córdoba honra con un centro flamenco con su nombre, nada menos que en la Posada del Potro.

Por otra parte, hay que decir que con aquel triunfo de *Fosforito* se inició con fuerza la historia de un evento que, si bien ha perdido con el tiempo parte de su trascendencia y repercusión, debido al nuevo contexto de promoción del flamenco que existe desde hace algunas décadas, sigue siendo una referencia fundamental en la historia de este arte. En efecto, hoy existen muchos concursos, proliferan los festivales, el estudio del flamenco ha avanzado enormemente, el apoyo de las instituciones es mayor que nunca y los artistas pueden promocionarse por medios que antes no existían. Todo ello ha dibujado en verdad un panorama muy diferente al existente en los años cincuenta, sesenta o setenta, y quizás por ello el concurso cordobés ya no sea aquella cita ineludible que fue en otro tiempo. Pero lo que nunca podrá perder es su lugar de honor en la historia del flamenco. De ahí que deba resaltarse y valorarse en su justa medida.

Como conclusión de esta evocación sentimental, no por vivida sino por recordada a través de quienes sí vivieron aquella Córdoba, y en la que a buen seguro no están todos los que fueron, cabe hacer un alegato en favor del estudio de nuestro pasado y de los momentos estelares de nuestra historia más o menos reciente. Frente a la imposición de lo políticamente correcto y la presión del revisionismo histórico actual, merece la pena sentir legítimo orgullo y sincera admiración por logros alcanzados como los aquí esbozados. Ciertamente, la ciudad se hace entre todos, aunque es verdad igualmente que determinadas individualidades pueden germinar procesos apasionantes. Hemos visto algunos casos. Por ello, cuando hoy volvemos nuestra mirada atrás, con la perspectiva del tiempo transcurrido, y constatamos cómo en una época difícil y de tantas estrecheces pudieron ocurrir tantas cosas admirables en lo cultural, quizás sea bueno invitarnos todos a la reflexión y el análisis. Sin apasionamientos, es verdad; pero también sin previas enmiendas a la totalidad.

